

tanás de la casa ya próxima estaban herméticamente cerradas. Por el sendero principal un hombre vestido de negro corrió hacia nosotros.

—¿A qué hora ha sido, doctor?—rugió mi amigo saltando á tierra.

—Al poco rato de marcharos.

—¿Recobró el conocimiento?

—Sí; un momento antes de morir.

—¿Y dijo algo?

—No ha dicho más que en la mesa del salón japones quedaban los papeles.

Victor subió con el doctor á la cámara mortuoria y yo me quedé en el jardín para meditar sobre los acontecimientos. Me sentía lleno de una vaga y amarga melancolía, y por mi alma pasó el frío y la inquietud de un gran misterio. ¿Cuál había sido el pasado de Trevor, enigmático, que viajó por tierras de Oriente, fué minero y terminó de juez de paz? ¿Qué poder tenía sobre él Hudson, el hombre de la sonrisa cínica?

¿Por qué perdió el conocimiento al recordarle las iniciales que llevaba tatuadas en un brazo? ¿Por qué le había matado la lectura de aquella carta?

De pronto recordé que Fordingbridge está en el Hampshire y que el señor Beddoes, á quien iba á visitar el marinero, vivía en esta región. La carta debía ser, ó de Hudson, diciendo que el secreto de los dos hombres había sido descubierto, ó de Beddoes, y en este caso indicaba una complicidad entre él y el señor Trevor. Hasta aquí todo estaba perfecta-

mente claro. La afirmación de Victor de que la carta resultaba incoherente é incomprensible, demostraba que debía estar escrita valiéndose de un alfabeto misterioso ó utilizando una clave que sólo conocerían el remitente y el destinatario.

Estando en este punto de mis reflexiones, llegó una criada con una lámpara, y detrás de ella Victor Trevor con estos papeles que véis aquí sobre mis rodillas. Venía muy pálido, pero bastante tranquilo. Se sentó en frente de mí, puso la lámpara sobre la mesa y leyó en voz alta lo siguiente: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guarda bosque, Hudson, ha recibido y dicho en un telegrama: *Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito el de la cabeza moñuda.*»

Me parece que mi cara, oyendo estas palabras, no debió reflejar menos asombro que la vuestra hace un momento. Volví á leerlas y releerlas, y me ratifiqué en mi idea de que aquellas palabras incoherentes tenían un sentido oculto. Pero este sentido no podía conocerse sin la clave. Sin embargo, no me desanimé y poco á poco fuí rasgando el velo. La palabra «Hudson» indicaba claramente el objeto de la carta y que ésta no era del marino, sino de Beddoes. Intenté leer al revés, pero «moñuda cabeza la de vuestro favorito» no decía nada. Procuré entonces leer suprimiendo, de cada dos palabras, una: «Acabó nuestro de caza la risa». Tampoco esto formaba sentido. De pronto, y sin saber cómo, todo lo ví claramente, y dando una palmada sobre la mesa

leí: «Acabó la risa. Hudson ha dicho todo. *Salvad vuestra cabeza.*»

Victor ocultó la cara entre las manos, diciendo:

—¡Dios mío, eso es peor que la muerte! Es el deshonor... Y que significan esas palabras de «guardabosque» y «faisán hembra».

—Aunque no tienen nada que ver con la carta, son bastante sugestivas y tal vez nos servirían para descubrir al autor de ella, si no le conociéramos ya. Él, indudablemente, empezó escribiendo: «Acabó... la... risa», etc... Y luego fué rellenando los huecos con las primeras palabras que se le ocurrieron. Y como éstas se refieren á la caza, es innegable que el autor de esta carta es un ferviente discípulo de San Humberto.

—Ahora recuerdo que, efectivamente, invitaba á mi pobre padre todos los años por el otoño para que fuera á cazar con él.

—Entonces ya no hay que dudar más. Beddoes es el autor de la carta. Ahora sólo falta saber qué clase de relaciones podían existir entre dos hombres ricos y respetables y ese granuja de Hudson.

—¡Ay, querido Holmes! Mucho me temo que haya un crimen por medio. Yo no tengo secretos para vos y voy á enseñaros la confesión que mi padre escribió el día de nuestra riña con Hudson. He hallado estos papeles donde dijo el doctor. Tomad y leedlos en voz alta, yo no he tenido el valor de hacerlo.

Cogí estos mismos papeles que veis ahora sobre

mis rodillas, querido Watson, y leí el título: «Notas acerca del viaje del *Gloria Scott*, desde su partida de Falmouth, el 8 de Octubre de 1855 hasta su pérdida el 6 de Noviembre, á 15°20 de latitud Norte y 25°14 de longitud Oeste». Luego hice una pausa y empecé á leer las notas que en forma de carta estaban escritas.

«Queridísimo hijo de mi alma:

»Ahora que estoy á punto de perder mi posición y caer en el deshonor que emponzoña estos últimos años de mi vida, me creo en la obligación de hablar sincera y lealmente, haciendo confesión general de mis faltas pasadas. ¡Bien sabe Dios que no lo hago por temor al castigo, ni á perder la consideración de los demás!... Mi mayor pena sería que vos, hijo mío, os avergonzárais y renegárais de vuestro padre. Por eso quiero ser yo el primero en hablar antes que otros lo hagan. No obstante si—lo que pido todos los días al Omnipotente—no se descubre nada y este papel cae en vuestras manos, yo os ruego por lo que consideréis como lo más sagrado, por la memoria de vuestra santa madre, que lo queméis antes de acabar la lectura y no volváis á acordaros más de ello. Ahora, si llega un día en que me denuncian y me arrojan de mi casa, ó que la muerte paralice mi lengua para siempre, entonces leedlo; habrá llegado la hora de hablar claro. Os juro que todo lo aquí escrito es la pura verdad. ¡El Señor tenga piedad de mí!

»Yo, querido hijo, no me llamo Trevor. Mi ver-

dadero nombre es Jacobo Armitage. Ahora comprenderéis el por qué de mi emoción cuando vuestro amigo habló de las iniciales que tengo en el brazo. Como Jacobo Armitage entré en una casa de banca de Londres, y como Jacobo Armitage fui condenado á la deportación por haber cometido una gravísima falta. Yo tenía una deuda de esas que consideramos de honor, y para pagarla eché mano de fondos que no me pertenecían, contando con reponerlos antes de que se enteraran. Desgraciadamente no fué así y una requisa inesperada vino á descubrir el déficit. Las leyes eran muy rigurosas hace treinta años y me ví en compañía de treinta y siete condenados en las escotillas del navío *Gloria Scott* con rumbo á la Australia.

»Entonces estaba en su período álgido la guerra de Crimea, y el gobierno tenía en el mar del Norte *los barcos* que se empleaban para el transporte de los deportados, y, por lo tanto, tenía que echar mano de otros más pequeños y faltos de condiciones. Nosotros fuimos embarcados en el *Gloria Scott*, un barco que sirvió muchos años para el comercio de trigo con China. En este viaje llevaba, además de los treinta y ocho pájaros de calabozo, veintiséis hombres de tripulación, diez y ocho soldados, un capitán, tres contramaestres, un médico, un capellán y cuatro cabos de vara. Unas cien personas en total.

»Los tabiques que separaban las celdas, en vez de ser de roble, como los que se emplean en los buques dedicados á transportar presidiarios, eran de

una delgadez y fragilidad extremadas. Mi compañero de la izquierda era un individuo que me llamó la atención en cuanto lo ví al lado mío en el muelle de salida. Era un joven imberbe y pálido, de nariz aguileña y fuertes mandíbulas. Llevaba la cabeza altivamente erguida, y era tal su estatura que el más alto de nosotros no le llegaba al hombro. Aquella cabeza, llena de arrogancia y de orgullo, que se erguía con un ademán de reto sobre todas las demás vencidas y humilladas, fué para mí como luz que vislumbra un viajero perdido en la nieve y en la obscuridad. A media noche oí un murmullo, y acercándome al tabique comprendí que mi amigo había logrado agujerear la madera para hablarme.

»—¡Hola!—me dijo.—¿Cómo os llamáis?

»Yo le contesté francamente, diciéndole mi nombre y mi desgracia. Entonces él añadió:

»—Yo me llamo Jack Bendergast, por la gracia de Dios, y me parece que venís á bendecir mi nombre antes de que nos separemos.

»El caso de Bendergast me era muy conocido, pues causó un gran escándalo en Inglaterra. Bendergast era un hijo de una gran familia, pero se entregó de tal modo al vicio y empleó tan mal sus prodigiosas cualidades, que estafó enormes cantidades á los principales comerciantes de Londres.

»—¡Já! ¡Já! Veo que conocéis perfectamente todos mis negocios—dijo con cierta satisfacción cuando le pregunté si era él aquel Bendergast.—¿Y os acordáis de aquel golpe de cerca de 150.000 libras?

»—Sí, me acuerdo.

»—¿Y que no se pudieron encontrar?

»—En efecto.

»—Pues bien, ¿dónde diréis que está ese dinero?

»—No sé...

»—Aquí, entre el pulgar y el índice. Mi nombre solo vale más libras esterlinas que pelos tenéis en la cabeza. ¿Y no os parece bastante estúpido é ilógico, querido, que un hombre de mis condiciones y de mi posición se resigne á hacer el viaje en la escotilla infecta de un barco medio podrido y lleno de ratas y gusanos? Y como eso no puede ser, no será. Estoy dispuesto á salir de aquí en unión de todos mis compañeros. Quisiera tener una Biblia para jurarlo sobre ella.

»Confieso que al principio no concedí importancia á aquellas palabras; pero poco á poco la voz de mi vecino se fué haciendo más persuasiva y más seria, y, por último, después de prometerle solemnemente que guardaría el secreto, me confesó que había una conspiración para apoderarnos del barco en alta mar. El complot fué urdido antes del embarque por una docena de presidiarios, á la cabeza de los cuales figuraba, naturalmente, Bendergast.

»—Tenemos—me dijo—un poderoso aliado, en el cual tengo tanta confianza como en mí mismo. Es el depositario de los fondos y es... el capellán. Se embarcó con sus papeles en regla y con los bolsillos llenos de dinero bastante para comprar este barco desde la quilla hasta la punta del palo mayor. La tri-

pulación es toda suya, y ya cuando entré en el barco estaba comprada. Mercer, el segundo contra maestre y dos de los cabos de vara, son satélites suyos. Si quisiera podría comprar hasta el capitán..

»—¿Y cuáles son vuestros proyectos?

»—Enrojecer un poco más los trajes encarnados de algunos de esos soldaditos, ¿qué os parece?

»—Pero ¿no están armados?

»—¿Y qué? También nosotros lo estaremos, querido. Ten seguro, como hemos tenido madre, que tendremos cada uno un par de pistolas, y si con esto y con la ayuda de la tripulación no nos apoderamos del barco, mereceremos acabar nuestros días en un colegio de niñas. Ahora hablad con vuestro vecino de la derecha y ved si podemos confiar en él.

»Así lo hice. Mi otro vecino se llamaba Evans y era como yo, un hombre que tuvo un mal paso. Luego ha cambiado de nombre, vive rico y considerado en el Sur de Inglaterra. Desde el primer momento se mostró conforme con el complot que, después de todo, era nuestra única tabla de salvación. Antes de dejar el golfo de Gascuña todos los presidiarios estábamos convenidos, excepto uno, tan cobarde, que no se podía esperar nada de él, y otro que estaba muy enfermo.

»No era muy difícil conseguir lo que nos proponíamos. Los marineros estaban de acuerdo con nosotros. El capellán entraba libremente en todas las celdas con pretexto de exhortarnos y de entregarnos estampitas y opúsculos religiosos. Y menudea-

ron tanto sus visitas, que á los cuatro días ya teníamos cada uno, debajo de la cama, una lima, un par de pistolas, quinientos gramos de pólvora y veinte balas. Unicamente el capitán, dos contramaestres, dos cabos de vara, el doctor y los diez y nueve hombres al mando del teniente Martín, eran nuestros enemigos. Aunque seguros del éxito, aguardamos á tenerlo todo bien preparado y señalamos una noche próxima para dar el golpe. La casualidad hizo que fuera antes de lo que pensábamos. Veréis cómo:

»Una tarde, estando el doctor en la celda de uno que se hallaba algo indispuerto, apoyó la mano sobre la cama y notó el bulto de una pistola. Si hubiera tenido más sangre fría tal vez nos hubieran cogido, mas era un hombrecillo muy nervioso y dió un grito, y palideció de tal modo, que el enfermo comprendió que le habían descubierto; y saltando sobre él lo estranguló antes de que pudiera dar la voz de alarma. Como el doctor había dejado abierta la escotilla todos nos precipitamos sobre cubierta. Los dos centinelas y un cabo que acudieron al ruido fueron echados al mar. Corrimos en seguida hacia el camarote del capitán, pero cuando ya estábamos cerca sonó un pistoletazo detrás de la puerta, y al abrirla vimos al capitán de bruces, con la cabeza destrozada sobre un mapa del Atlántico clavado sobre la mesa. Detrás de él, con la pistola todavía humeante, estaba el capellán.

»Salimos de allí, y entrando en el salón próximo á la cámara, empezamos á saltar y á reir como locos,

subiéndonos sobre los divanes y las butacas; Wilson, el falso capellán, descerrajó uno de los armarios y sacó una caja de botellas de Jerez y las rompió los golletes contra el borde de una mesa. Llenamos los vasos y nos disponíamos á brindar por nuestra libertad, cuando sonó una espantosa descarga y una humareda terrible llenó la habitación, quitándonos la vista durante unos minutos. Cuando se disipó, vimos los cadáveres de nueve hombres—Wilson entre ellos—tendidos en el suelo y sobre las mesas. ¡Nunca olvidaré aquel momento en que el Jerez y la sangre se mezclaron!... Hubo un momento de estupor; pero Bendergast fué el primero que reaccionó, y mugiendo como un toro, se abalanzó á la puerta, seguido de todos nosotros. En la popa aguardaban el teniente con diez soldados. Habían disparado por la claraboya que daba al salón. Nos arrojamos sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de cargar otra vez. Se batieron como leones; pero al cabo venció el número, y á los cinco minutos ya no vivía ninguno. ¡Qué matanza, Dios mío! Bendergast parecía un demonio. Para sus brazos de hierro, los hombres no parecían pesar nada, y con la mayor facilidad los arrojaba por la borda. El sargento cayó herido al mar, y durante un rato nadó detrás del barco, hasta que uno de nosotros se compadeció de él y le saltó el cráneo de un pistoletazo. Sólo quedaban los contramaestres y los cabos de vara.

»Pero entonces surgió una violenta disputa. La mayor parte, contentos con vernos libres, no que-

riamos cometer más crímenes, y si habíamos muerto á los soldados fué porque tenían armas para defenderse, pero en cambio considerábamos una cobardía atacar á hombres indefensos. Pero Bendorgast y los suyos no quisieron atendernos.

»Nuestra impunidad—decían—consiste en concluir con todos; no debemos dejar con vida á ningún testigo. Al fin, y á ruegos nuestros, nos autorizó para dejar el navío y embarcarnos en una lancha antes de que se cometieran los últimos asesinatos. Se nos entregó á cada uno un traje de marinero, un barrilete de agua, un poco de ron, una caja de galletas y una brújula. Bendorgast nos echó una carta marítima, diciéndonos que éramos náufragos del *Gloria Scott*, que pereció á 15° de latitud Norte y 25° de longitud Oeste. Luego cortó el cable que nos unía al barco y quedamos á merced de las olas.

»Y ahora llevo á la parte más terrible de mi historia, hijo mío. El *Gloria Scott* empezó á alejarse de nosotros. Sentados junto al timón Evans y yo nos pusimos á estudiar nuestra posición y la ruta que debíamos seguir. Nos hallábamos á 500 millas Sur del Cabo Verde y á 700 Oeste de la costa africana. Como el viento era del Norte, juzgamos que el punto más próximo y mejor para desembarcar era Sierra Leona, y hacia allá impulsamos nuestra embarcación dejando el *Gloria Scott* á la espalda. De pronto vimos surgir una nube de humo negro y espeso que se ensanchó y se estrelló contra el cielo deshaciéndose en la fase del crepúsculo. En seguida

estalló un ruido semejante á un trueno, y cuando se disipó la humareda, vimos que el *Gloria Scott* había desaparecido. Viramos inmediatamente y á fuerza de remos llegamos al sitio donde las aguas inquietas y ardientes habían tragado el barco. Aquí y allá flotaban trozos de madera, alguna caja... un barril vacío... y ya nos alejábamos tristemente impresionados por la catástrofe, cuando vimos sobre un madero á un hombre. Fuimos hacia él y lo metimos en la lancha. Era un marinero llamado Hudson, y se hallaba en tal estado de terror y sufría de tal modo por las cruentas quemaduras que tenía en todo el cuerpo, que hasta el día siguiente no pudo contar lo sucedido. Por él supimos que Bendorgast y su gente se apresuraron á matar á los dos vigilantes y al segundo contramaestre. No faltaba más que el primero, un hombre vigoroso y valiente. Cuando vió cerca de sí al presidiario con el puñal sangriento en una mano y una pistola en la otra, logró romper sus ligaduras y se dejó caer en la sentina.

»Una docena de penados cayó detrás de él y lo encontraron arrodillado ante uno de los barriles de la pólvora, con una caja de cerillas en la mano. Un segundo después el *Gloria Scott* se hundía para siempre.

»Al día siguiente nos recogió el brick *Hotspur*, que navegaba hacia Australia. El capitán creyó lo que le dijimos y el Almirantazgo declaró que el *Gloria Scott* había naufragado el 6 de Noviembre de 1855, á los 15° 20' de latitud Norte y 25° 14' de lon-

gitud Oeste. Después de un viaje feliz, el *Hotspur* nos desembarcó en Sidney, donde Eraus y yo entramos en las minas de oro con nombre supuesto.

»Ya comprenderéis lo demás. Eraus y yo hicimos fortuna, viajamos y volvimos á Inglaterra como unos aventureros que vienen á morir en su país natal. Durante veinte años hemos llevado una vida feliz, creyendo que el pasado se hundió para siempre. ¡Juzgar cuál sería mi terror cuando ví aparecer al marinero Hudson! Ahora comprenderéis también, hijo mío, la razón de mis humillaciones y de mis consideraciones con ese hombre, de cuyo silencio depende mi porvenir, y pensad cuánto será mi dolor viéndole en camino, con la boca llena de amenazas, del Hampshire».

Aquí terminaba la narración y, un poco más abajo, una mano temblorosa escribió estas palabras, casi invisibles: «Beddoes me ha escrito que *H.* lo ha dicho todo. ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Ya sabéis, querido Watson, la dramática historia del *Gloria Scott*. El joven Trevor partió con el corazón destrozado y no he vuelto á saber más de él. En cuanto á Beddoes y á Hudson, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Tal vez Hudson matara á Beddoes. Quizás Beddoes matara á Hudson. No sé.

EL DOCUMENTO ROBADO

Durante mi vida escolar trabé íntimo conocimiento con un muchacho llamado Percy Phelps, y que tenía sobre poco más ó menos mi misma edad. Era un alumno aplicadísimo, ganaba todos los premios, y, finalmente, obtuvo una beca que le permitió continuar en Cambridge su triunfal carrera. Recuerdo que era de muy buena familia y sobrino carnal del eminente político lord Holdhurst, á pesar de lo cual sus compañeros no concedían importancia á esta posición y procuraban molestarle y zaherirle siempre que podían. Salimos del colegio y ya no volví á oír hablar de él hasta una hermosa mañana del mes de Julio—quince días después de mi boda—en que recibí la siguiente carta.

«Briarbrae Woking.

»Querido Watson: Creo que no habréis olvidado al *renacuajo* Phelps, que estaba en tercera cuando vos estábais en quinta. También es posible que se-
»páis obtuve, por influencia de mi tío, un empleo en
»el ministerio de Estado, y el cual acabo de perder
»—y con él mi honor—por un terrible suceso que ha
»venido á tronchar mi carrera para siempre